

VIDAS ENTRECruzADAS: RICCARDO GUALINO Y YO

por Lorenzo Peña

(Comentario al libro *FRAP: Una temporada en España*, trad. Matilde Muñoz,
Ediciones Amargord, 2010)

(Título del texto original italiano: *Una stagione in Spagna*)

2011-11-25. Versión 1.5

Sumario

0. Introducción
 1. De Roma a Madrid: 1941-1963
 2. Del cisma prochino al surgimiento del PCEml
 3. Cautiverio: 1965-68
 4. Reconfiguración de los órganos directivos y I Congreso: 1972-73
 5. La dirección del PCEml a partir de 1972
 6. Del FRAP a la Convención Republicana
 7. Conclusión
-

§0.— Introducción

Tratándose de casi cualquier otro libro, podría yo escribir una reseña objetiva —o, al menos, que pretendiera serlo. Mas la obra que tengo en mis manos del, para mí, **camarada Ricardo Gualino Garófalo** tiene intersecciones con mi propia autobiografía que me impiden aspirar a otra cosa que a una especie de epílogo subjetivo a su libro —exhortando al lector a leerlo directamente, sin tomar estas páginas más que como lo que son: la expresión de una apasionada reflexión camaraderil y amistosa, de alguien que, al leer el relato de Riccardo Gualino, se siente plenamente involucrado, reviviéndolo casi como si fuera en primera persona.

Riccardo Gualino y yo sólo nos hemos visto dos veces: la primera en el otoño de 1963 (posiblemente en noviembre) y la segunda casi medio siglo después, en noviembre de 2011. En 1963, unos jovencuelos, poco más que adolescentes, iniciábamos periplos que van a seguir rumbos que —según desde qué perspectiva— pueden calificarse como paralelos, divergentes, convergentes, o quizá entrecruzados.

§1.— De Roma a Madrid: 1941-1963

Volvamos la vista atrás, al año 1941. Italia se ha metido en la II guerra mundial por la irracional y megalománica voluntad del Duce y por el regio consentimiento del rey-emperador, S.M. Víctor Manuel III (siempre ávido de triunfos bélicos); una guerra en la que todos podían saber que difícilmente le cabía esperar otra cosa que fracasos y derrotas.

Ese año nace el hijo de Renato Gualino, Riccardo, autor de este libro. Renato es un productor cinematográfico que creará Lux Film, aquella firma extraordinaria que lanzará la primera película de Luchino Visconti, así como tantas otras del neorrealismo italiano de la posguerra, entre ellas *Arroz amargo* (uno de los filmes predilectos del reseñante). La madre de Riccardo es Mirella Garófalo, perteneciente a una ilustre familia de intelectuales, algunos ya destacados durante el *Risorgimento*.

La doble familia paterna y materna venía abarcada por ese medio tan particular de la cultura italiana, pero los orígenes familiares paternos son los de una riqueza mucho mayor. Y es que Renato era, a su vez, hijo de Riccardo Gualino, abogado piamontés pero, sobre todo, empresario, de quien se dijo que era el hombre más rico de Italia.

Partiendo de una tradición de orfebrería familiar, Riccardo Gualino (Biella, 1879 - Florencia, 1964) levantó dos veces una gran red empresarial: una primera a comienzos del siglo XX (con comercio de madera, cementerías, navegación, industrias textiles y químicas y ya entonces producción cinematográfica) y una segunda tras ser víctima, en 1931-33, de la represión del régimen fascista, que lo desterró, confiscando sus bienes. Riccardo Gualino era asimismo un gran amante de arte, un escritor, un mecenas, una figura descollante de un capitalismo diverso del de la especulación financiera. Fue derrotado en su rivalidad con Giovanni Agnelli, quien, mejor conectado, sabrá hacerse nombrar senador por el Soberano, por recomendación de Mussolini.

Sobre la singularísima vida de aquel magnate que fue Riccardo Gualino se ha producido una película y se ha escrito una biografía.

En esa familia, en una Italia en guerra que pronto va a sufrir los primeros descalabros militares, nace, pues, nuestro Riccardo Gualino, precediendo en tres años al autor de esta reseña, que nacerá en España en una familia modestísima y carente de transcendencia alguna.

En 1959-60 estudié mi primer y último curso de lengua italiana en el Istituto Italiano di Cultura en Madrid, entonces sito en la calle Bailén. A través de mi profesor pude entrever la imagen de la España franquista prevalente en la colonia italiana en Madrid: la de una vivísima simpatía por el régimen, cuyos presuntos logros económicos se alababan (a pesar de que fue el año del plan de estabilización), aunque no exenta de una cierta condescendencia, quizá implícitamente dirigida al pueblo español por haberse resignado a un régimen así al paso que los italianos —sin duda más evolucionados y cultos— tenían la República. (Eso puede decirse sin decirlo, claro.)

En esa colonia, precisamente, de residentes italianos de alto o medio nivel económico va a integrarse dos años después nuestro Riccardo Gualino, al alcanzar la mayoría de edad, enviado por su padre Renato para ocuparse de los negocios familiares en España y pasar aquí un tiempo: «Passerai un pó di tempo in Spagna, una stagione all'estero».

Riccardo va a matricularse al año siguiente, 1962, en la Facultad de ciencias políticas y económicas, de la Calle Ancha, una facultad entonces contigua al edificio del Instituto de enseñanza media Cardenal Cisneros en el que yo había estudiado el Bachillerato en 1954-60.

Hasta aquí sólo tenemos similitudes o coincidencias fortuitas, meras casualidades. Pero el viernes 22 de marzo de 1963 tuvo lugar un hecho totalmente extraordinario: celebrábase en el Aula Magna de esa Facultad (que era el Paraninfo de toda la Universidad de Madrid) una sesión de la revista oral estudiantil *Tierra*, en la cual estaba especialmente invitado el señor ministro de Información y Turismo, Dr. Fraga Iribarne, catedrático de la Facultad en excedencia. La víspera, reunidos en la cercana calle Pez los

miembros del comité interfacultativo de la FUDE, decidimos organizar un abucheo y pateo en toda regla —quizá el primero y último contra un ministro del despotado franquista.

Yo, naturalmente, asistí y participé en ese acto masivo de protesta contra el Ministro. Riccardo Gualino asistió sin participar. Todavía no había comenzado su militancia política, que se iniciará poco después con su ingreso en el partido comunista, al cual yo me había afiliado en febrero de 1962. Seguramente fue la primera vez que estábamos juntos en un mismo salón, pero evidentemente nadie nos presentó.

§2.— Del cisma prochino al surgimiento del PCEml

Gualino y yo nos veremos brevísimamente unos meses después, en el otoño de 1963. Entre tanto habían tenido lugar varios hechos significativos: el fusilamiento de Julián Grimau el 20 de abril, el estallido público de la controversia chino-soviética, el seminario de Arrás del PCE en el cual participé yo, el comienzo de la lucha interna dentro de la dirección entre D. Santiago Carrillo y el dúo Fernando Claudín-Federico Sánchez (Jorge Semprún).

Habiéndome conocido en Arrás, algunos responsables de la célula comunista del partido de la Facultad de políticas y económicas me invitaron a presentar una ponencia en una sesión del seminario que organizaron sobre teoría marxista. Celebróse en un piso alquilado de la Avenida del general Perón. Creo que fue la primera y última sesión. Apenas recuerdo esa reunión (salvo el hecho de que tuvo lugar y dónde), mientras que el camarada Riccardo guarda una memoria mucho más detallada (y hasta, al parecer, unos apuntes tomados de mi larga ponencia).

El hecho es que, según lo relata él, tras dar algunas vueltas, planteé el problema de las divergencias en el movimiento comunista mundial y de las que había en el seno del propio PCE. Él figuraba entre los partícipes, pero el organizador decidió que no hubiera debate ni coloquio al finalizar mi exposición.

Tal sesión fue el prolegómeno de la escisión prochina, que he narrado en *Amarga juventud* y en otros ensayos autobiográficos. Ahora, al leer el libro de Riccardo Gualino, se produce en mi conciencia un sentimiento de culpabilidad que no he experimentado nunca antes: tengo la impresión de que, sin mi activa participación, no hubiera tenido lugar aquella escisión de la organización estudiantil madrileña del PCE —que va a formar el núcleo del grupo PROLETARIO, posteriormente fundido en el PCEml.

Desde luego, otras tres escisiones se produjeron al margen de la de los estudiantes madrileños: la de unos militantes de Suiza que formaron *La Chispa*; la de unos militantes en París, que formaron *MOR*; la de un par de camaradas en Colombia, que se agruparon en torno a *España democrática*. Todos ellos tenían contactos en el interior, con alguna posibilidad de llegar a reclutarlos para una nueva organización m-l.

Sin embargo, de hecho, cuando se unifiquen los cuatro grupos en el proceso de fusión de octubre a diciembre de 1964, el único con una organización en el interior era

PROLETARIO; y toda esa organización era la nuestra de universitarios —más algún esqueje que había prendido en otro lugar (p.ej. un pequeño núcleo obrero en Vizcaya). No me parece exagerado afirmar que, sin la masiva separación de la mayoría de los comunistas universitarios madrileños de la obediencia del PCE, es dudoso si hubiera llegado a formarse o a afianzarse una organización como la que tendrá el PCEml —que, de no ser por nosotros, quizá habría quedado confinado a pequeños grupos dispersos en la emigración.

¿Es esa participación mía un título de gloria? No, en absoluto; la escisión fue un error, un grave error, según lo he sostenido en *Amarga juventud*. Llevábamos razón en parte (como se demostrará por la actuación de D. Santiago Carrillo en la transición); pero eso no basta. Nos lanzamos a una aventura aislados, sin experiencia, sin preparación, sin tener siquiera una base ideológicamente sólida e instruida, sin recursos, sin posibilidades de avanzar organizativamente, sin haber demostrado a la masa de la militancia del PCE que nos asistían razones válidas para ese paso, sin haber logrado atraer a ningún miembro del comité central.

Como consecuencia de ello, van a correr una suerte muy amarga varios militantes —que, de continuar en las filas del PCE, habrían sido afiliados de base sin responsabilidad y no habrían sufrido ninguna represión particularmente dura. Uno de ellos será el propio Riccardo Gualino, quien será gravemente herido y detenido por un reparto de propaganda en un barrio obrero en marzo de 1965, permaneciendo cautivo hasta el 11 de septiembre de 1968, cuando será liberado y expulsado de España. Sufrirá posteriormente otras dos detenciones —seguida una de ellas de un calvario de torturas en 1977.

Me pregunto si, sin el seminario de la calle general Perón del otoño de 1963, se hubiera visto arrastrado a ese torbellino.

§3.— Cautiverio: 1965-68

Riccardo Gualino y yo no nos volveremos a ver (hasta noviembre de 2011); pero el destino se obstina en que nos crucemos en cierto modo, asumiendo las mismas responsabilidades militantes, si bien en momentos diferentes.

Riccardo Gualino sufrirá cárcel, como ya he dicho, hasta septiembre de 1968. Estuvo encerrado en Carabanchel y en Palencia. En la primera de esas dos prisiones conocerá a dos miembros del secretariado del PCEml, Paulino García Moya y Emilio, detenidos ambos en Madrid en abril de 1966. Hasta ese momento el secretariado lo formábamos tres camaradas: Paulino, Emilio y yo. En la cárcel de Carabanchel, el comité del partido lo formarán Paulino, Emilio y Riccardo Gualino. Yo había vivido en los meses precedentes la desavenencia entre Paulino y Emilio, con la embarazosa situación de ser un tercero en discordia obligado a zanjar una pugna difícil de entender. Lo mismo va a vivir Riccardo en Carabanchel.

Después de Carabanchel, el tiempo pasado en la prisión de Palencia, si bien materialmente muy duro, será un período mejor en su vida, políticamente más distendido,

con fuertes debates políticos (que, como él mismo lo dice, en cambio escaseaban en la vida militante del PCEml fuera de la cárcel, e incluso en los órganos de dirección).

Tras regresar a Italia en septiembre de 1968, Riccardo Gualino atraviesa vicisitudes personales, sin lograr integrarse en la vida política italiana, con la cual no se siente en sintonía. A través de relaciones indirectas, vuelve a entrar en contacto con el PCEml, teniendo concretamente en Roma una primera entrevista con un camarada del ejecutivo el 8 de diciembre de 1971; es ése el momento en que, tras un paréntesis de tres años, se reinicia su militancia.

En diciembre de 1971 (no sé si el día 8) yo decido separarme del PCEml. Lo he contado en *Amarga juventud*. En realidad desde agosto de 1970, de hecho estaba yo relegado y marginado —aunque seguía ostentando los cargos de miembro del comité ejecutivo y del secretariado del comité central. Y es que se me veía como un elemento hostil a la dirección del partido comunista chino y, por consiguiente, ya indigno de confianza. A eso se agregaban mis 15 divergencias ideológicas con el resto de la dirección, que marcaban una discrepancia entre mi postura (la de mantener las tesis y posiciones del PCEml en el momento de su constitución, en diciembre de 1964) y las del resto del ejecutivo, ávido de radicalización hacia la izquierda en el espíritu del mayo francés de 1968 y de la revolución cultural china.

Yo dedicaré varios meses a preparar en secreto mi fuga, que tendrá lugar a fines de mayo de 1972. Riccardo Gualino pasará unos meses de integración en la estructura organizativa del PCEml, recibiendo el encargo de preparar el I congreso del PCEml.

Esa preparación tenía un doble componente: organizativo y político-ideológico. Este segundo componente se sentó en unas sesiones especiales del ejecutivo entre diciembre de 1971 y enero de 1972, que fueron las que definitivamente confirmaron mi decisión de apartarme, al patentizar lo hondo y amplio de las divergencias ideológicas que me deslindaban del resto de la dirección.

Mi huida evitó sucesos como los que cuatro años después acompañarán a la salida del PCEml de otros miembros de la dirección; páginas nada honrosas en la historia de ese partido.

§4.— Reconfiguración de los órganos directivos y I Congreso: 1972-73

Tras mi marcha, se reconfiguran los órganos de dirección. Riccardo Gualino es cooptado como miembro del comité central. En la primera sesión en la cual participa (en el verano o el otoño de 1972), recién cooptado, se notifica mi abandono de la organización, que recibe duros calificativos.

Riccardo Gualino es el artífice de la organización del I congreso del partido en Italia en la primavera de 1973. Entonces será nombrado miembro del comité ejecutivo y responsable de la organización de Europa (o sea, de toda la emigración española). Vivirá en Ginebra como yo había vivido allí.

En este punto se producen muchas más disparidades que similitudes, porque la vida colectiva del PCEml cambió muchísimo entre el período 1964-72, que yo viví, y

el posterior. Cambió la ideología, que se escoró hacia la ultraizquierda; cambió el planteamiento político; cambió el estilo de trabajo; cambiaron los métodos de organización.

Pero el cambio fue sólo relativo, porque también se mantuvieron muchas de las prácticas que yo había vivido y en las cuales había participado. Cuando Riccardo Gualino cuenta —con un detalle asombroso, que revela una memoria excepcional— un montón de episodios de su vida política entre 1972 y 1982, yo me encuentro ante situaciones que me resultan próximas y, a veces, casi idénticas a otras que yo había vivido justamente hasta ese momento.

Aquí de nuevo se genera en mi conciencia una gran desazón. Desde el I congreso se produce un viraje ultraizquierdista, una deriva del PCEml, que se traducirá en lo que —en mi modesta opinión— será un rosario de graves errores políticos a lo largo de los últimos años del franquismo y de toda la transición: un aventurerismo armado; un tremendo sectarismo; un tratamiento incorrecto de las discrepancias internas; unos métodos organizativos que demostraban liviandad y diletantismo; una irresponsabilidad que acarreó nuevos y graves sufrimientos evitables.

Yo no tuve arte ni parte, claro está. Me hallaba fuera, a mucha distancia, habiendo iniciado otra etapa de mi vida, alejada de la política. Pero volvemos a lo mismo: sin el origen de todo aquello, sin la escisión de PROLETARIO de fines de 1963 y comienzos de 1964, ¿se habría desembocado en un cúmulo de prácticas así? ¿Habría existido siquiera el PCEml? Suponiendo que *La Chispa* y *MOR* se hubieran fusionado (sin que eso causara la escisión del grupo al que yo denominé *de los oportunistas sin principios*), ¿en qué habría quedado la entidad de tal fusión? ¿Habría entonces podido plantear nadie un viraje hacia una lucha armada incorrecta, errónea, carente de justificación y de preparación, como la que —sin éxito— incoará el PCEml en 1975?

§5.— La dirección del PCEml a partir de 1972

La actividad de la dirección del partido a lo largo del decenio 1972-82 la cuenta Riccardo con una exuberancia de detalles característica de él, un alarde de excelente memoria, sin duda excepcional.

Un lector imparcial de su libro verá que el camarada Riccardo Gualino hizo siempre todo lo posible por servir lealmente —de todo corazón y con enorme sacrificio personal— al PCEml, por impulsarlo, animarlo, organizarlo bien, por allegar más apoyos, por exhortar a todos los militantes a perseverar en la afiliación y a no desviarse, con abnegado empeño, devoción a la causa y perseverancia incluso frente a los infortunios y las amarguras.

Lamentablemente el relato de Riccardo corrobora cuán erráticas y superficiales fueron la política y la organización del PCEml en esos diez años, pese al derroche de buena voluntad de militantes y dirigentes como el propio Riccardo (Mariano Alcántara). Hubo varias aportaciones valiosas y meritorias, pero entremezcladas e intercaladas con gravísimos errores y con decisiones súbitas, a menudo adoptadas sin ton ni son, como un barco a la deriva sin brújula, con idas y venidas a salto de mata. Oponerse a las

maniobras por arriba de la transición y reivindicar la República fueron actitudes que hay que alabar. Casi todo lo demás hay que censurarlo.

En mi autobiografía *Amarga juventud* he sintetizado, en un par de páginas, mi visión crítica de ese decenio de la vida política del PCEml. El cúmulo de datos que ahora proporciona en este libro Riccardo Gualino ratifica mi apreciación.

La organización se lanza, primero, a una lucha armada, sin haber seleccionado correctamente el tipo de lucha armada que se podía y debía realizar, sin haber delimitado correctamente los blancos legítimos de los ilegítimos (en el supuesto incluso de que el paso a la lucha armada hubiera estado justificado —que, en aquellas condiciones, no lo estuvo) y sin haber tomado en cuenta el estado de ánimo de la abrumadora mayoría del pueblo español, totalmente contrario a ese rumbo;¹ pero, a la vez, se mantienen unos flotadores perfectamente visibles por el enemigo, unos puntos de encuentro y las posiciones de algún dirigente cómodamente vigilables por los agentes no sólo del franquismo sino sobre todo del imperialismo yanqui y sus aliados.

Ese y muchos otros detalles confirman la ligereza y la discontinuidad de unas actuaciones directivas que parecen constituir una ristra de antojos. Apenas iniciada esa lucha armada (escasamente gloriosa), se decreta su finalización, aduciéndose el cambio de circunstancias políticas. ¿No se había previsto ese cambio? ¿Se puede planear sin prever?

§6.— Del FRAP a la Convención Republicana

En lo específicamente político, los años de 1973 a 1976 son los del FRAP. Éste, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, quiso ser una plasmación o encarnación concreta del FDNR (frente democrático nacional revolucionario) proyectado en la línea política del PCEml desde el pleno fundacional de diciembre de 1964.

Sin embargo, el FDNR estaba concebido como una conjunción (no forzosamente en forma estructurada ni siquiera como un bloque) que conjuntaría clases sociales, sensibilidades políticas, tendencias, partidos, organizaciones de diverso signo, un amplio espectro que —desde el punto de vista marxista, que era el por nosotros adoptado— reflejara una alianza de varias clases, del proletariado a la burguesía media. Como mínimo era imperativo, para afirmar que se había plasmado en algo concreto ese FDNR, que se consiguiera un entendimiento con sectores del republicanismo histórico y del catolicismo conciliar, cada uno de ellos por su propia significación en la vida española.

¹ Por lo cual no concurrían las condiciones necesarias para que fuera lícita la insurrección, que son, conjuntamente, siete: (1ª) existencia de una opresión y tiranía extraordinarias e insufribles; (2ª) imposibilidad —demostrada y acreditada ante la opinión pública— de acabar con esa opresión por vías pacíficas; (3ª) que, de manera masiva —y tendencialmente mayoritaria—, la población se adhiera a la causa de la insurrección; (4ª) legitimidad del núcleo directivo de la insurrección, cuya autoridad esté ampliamente avalada y reconocida; (5ª) perspectivas verosímiles —en virtud de la correlación de fuerzas— de triunfo insurreccional en un plazo razonable; (6ª) certeza de que de la acción armada insurreccional no se derivarán males mayores; y (7ª) prudencia, moderación y discernimiento en la realización de las acciones armadas para no desvirtuar la justicia del recurso a las armas. V. al respecto mi artículo «Algunas Facetas del Pensamiento Revolucionario de Ernesto Che Guevara», accesible en *ESPAÑA ROJA*: <http://eroj.org/entero03/item3.htm>.

Al FRAP no se consiguió (y hasta creo que ni siquiera se deseó) que perteneciera ninguna organización política existente, salvo el grupo de Álvarez del Vayo (el llamado «Frente español de Liberación Nacional», FELN), además del propio PCEml y sus correas de transmisión (organizaciones de masas, en nuestra terminología, tales como la OSO, la FUDE y así sucesivamente, que se nutrían principalmente de simpatizantes o semi-simpatizantes del partido).

Hablar del grupo de Álvarez del Vayo es engañoso, pudiendo creer el lector que se trataba todavía de un verdadero grupo. Creo que en este punto el relato de Riccardo Gualino es elíptico, pues deja sin aclarar que, en realidad, Álvarez del Vayo estaba solo, totalmente solo, no contando ya su nominal organización más que con un único militante, el socialista asturiano Alberto Fernández Bayón (1911-94), residente en París e ideológicamente discrepante de todo lo promovido por el PCEml, aunque, sobre el papel, adherido por la vieja relación personal con Álvarez del Vayo.

Gualino cree que Álvarez del Vayo fue una gran figura de la vida política española que no ha recibido el reconocimiento debido. La verdad es que ya en el momento en que se crea el comité coordinador pro-FRAP, en enero de 1971, Álvarez del Vayo era un perfecto desconocido para casi todo el mundo, incluyendo la masa de cuadros del propio PCEml. Había sido un viejo militante socialista del ala izquierda (seguidor, durante un tiempo, de la línea radicalista de D. Francisco Largo Caballero). Durante la guerra de España, fue en dos momentos ministro de Estado y secundó las tesis del presidente del consejo, Dr. Negrín. Quedó así ligada la suerte de ambos, expulsados del PSOE poco después.

Álvarez del Vayo querrá revivir la política negrinista a lo largo de los años 50 y 60, pero sin éxito alguno. Yo lo traté mucho en París, en los años 1967-70. Dudo que otros camaradas lo hayan tratado más que yo. Era un hombre de grandes virtudes: perseverancia, sinceridad e integridad; pero no tenía vínculo alguno con la realidad de España; carecía no sólo de seguidores, sino también de propuestas y de doctrina, salvo unas pocas ideas vagas y una adhesión incondicional al inextinguible optimismo.

Ni siquiera representaba políticamente lo que hubieran podido representar los restos del naufragio del republicanismo histórico, ARDE y el gobierno de la República en el exilio, que tenían su pequeña red de contactos en el interior y una muy amplia en el exterior (así como el reconocimiento oficial de México). Álvarez del Vayo carecía de todo eso. Sólo aportaba un nombre; y era un nombre ignorado por todos salvo unos pocos conocedores de la historia de España.

En cuanto a sus méritos intelectuales, los desconozco. Me consta, por el asiduo trato que tuve con él, que era un hombre culto, que hablaba varios idiomas; sé que era un articulista apreciado en USA, donde colaboraba en *The Nation*, revista semanal neoyorquina. Ignoro si todo eso basta para afirmar que del Vayo hubiera merecido un mayor reconocimiento historiográfico o memorialístico. Me pregunto cuál fue su papel en la historia de las ideas. En la de los hechos, no creo que su figura sea subestimada.²

². A título de hechos cuentan sólo las acciones, las realizaciones, no los propósitos ni siquiera probablemente las meras tentativas o los simples amagos.

Volviendo al FRAP, lo anterior significa que no hubo tal frente. Gualino afirma que fue una amplia organización de masas que abarcó a miles de afiliados. Lo creo (me fío plenamente en su palabra, careciendo, como carezco, de datos para confirmarlo o desmentirlo). Pero una amplia organización de masas no es un Frente, aunque se llame «Frente».

En realidad, no sé en qué consistió el FRAP. Si era una organización a la cual se afiliaban, directa e individualmente, sus miembros, entiendo mal que, a la vez, fuera una coalición o bloque integrado por el PCEml más las organizaciones de masas que él controlaba (OSO, FUDE, etc) junto con el minúsculo pseudo-grupo de del Vayo. (Tal vez hubo en todo eso una ambigüedad, como la habrá decenios después en *Izquierda Unida*, la «formación» creada por el PCE en abril de 1986.)

¿Cuánto tiempo existió el FRAP? Gualino nos cuenta que se creó en una conferencia nacional celebrada en París en 1973-11-24 (semanas antes de la occisión del almirante Luis Carrero Blanco). Y dejó de existir por decisión del comité ejecutivo del PCEml. Voy a citar el texto italiano:

Poco a poco fissammo la nuova linea politica. Decidemmo in primo luogo di abbandonare definitivamente le azioni armate. La nuova situazione, che si andava profilando, non le consentiva. Decidemmo anche di sciogliere il FRAP. Il FRAP era una organizzazione, una struttura costruita sul profilo dei fronti di liberazione nazionale. L'esistenza di un regime fascista contro il quale combattere era essenziale per la sua esistenza. Era l'unità contro il fascismo, l'unità, lo spirito unitario antifascista, l'unità contro la repressione e per le libertà politiche, che lo giustificavano. Pure la scomparsa di Julio Alvarez del Vayo, che era avvenuta pochi mesi prima, lo indeboliva. Il FRAP inoltre, pur avendo nella politica il suo cemento, era destinato necessariamente all'azione armata. L'azione armata, la lotta armata contro il fascismo era lo sbocco necessario della lotta del FRAP. Devo aggiungere comunque che molte incertezze gravarono su questa scelta. Il FRAP aveva un capitale di prestigio. Devo dire poi che la questione dello scioglimento del FRAP non fu oggetto di una discussione nelle fila dell'organizzazione. Il ritmo degli avvenimenti ci aveva fatto perdere di vista la necessità di consultare l'organizzazione e di svolgere una adeguata discussione ad ogni decisione fondamentale. Non lo avevamo fatto quando inaugurammo le azioni armate. E non lo facemmo nemmeno quando decidemmo di sciogliere il FRAP. Il FRAP era un organismo vasto, nel quale doveva mantenersi una democrazia molto ampia. Comunque decidemmo per lo scioglimento del FRAP e per la creazione della Convenzione Repubblicana.

Pues bien, D. Julio Álvarez del Vayo muere en Ginebra el 3 de mayo de 1975 a los 84 años de edad. Una decisión adoptada pocos meses después tiene que tomarse en la primera mitad del año 1976, o sea al comienzo del actual reinado, que se inicia el 22 de noviembre de 1975. De lo cual se sigue que el FRAP queda disuelto por decisión del comité ejecutivo del PCEml en los primeros meses de 1976. Había durado unos dos años y medio, aproximadamente.

La Convención Republicana se va a crear oficialmente en mayo de 1977. Es, desde luego, muy verosímil que se haya tomado a comienzos de 1976 una decisión de alianza republicana que se materialice unos 14 ó 15 meses después.

La extensa cita del texto de Gualino que he reproducido suscita problemas de fondo, no acerca de su exposición —que se atiene a una regla de relatar hechos objetivamente—, sino acerca de la justificación de esas sucesivas posturas desde la

ideología marxista-leninista del PCEml o desde cualquier otra conceptualización racional de las tareas de lucha revolucionaria en esas situaciones.³

Quien esto escribe siempre había sido partidario, en minoría de a uno, siendo miembro del comité ejecutivo (hasta mayo de 1972), precisamente de un amplio entendimiento republicano que abarcara a los republicanos históricos de ARDE (evidentemente que sobre la base de objetivos comunes, sin exigirles suscribir fines que ellos no compartían). Por otro lado ni siquiera tuve que oponerme a ningún plan de acciones armadas, ya que nadie lo propuso.

En cualquier caso, esa política de 1976 era correcta (en esos dos puntos al menos), pero hubiera debido adoptarse antes, mucho antes. En 1976-77 ya era demasiado tarde para que pudiera tener efectividad.

El texto citado viene a confirmar, una vez más, no ya el autoritarismo de la dirección del partido en ese decenio 1972-82 (quizá inevitable, al menos al comienzo), sino, sobre todo, el atolondramiento, la perplejidad, los palos de ciego en temas muy serios, con gravísimas decisiones que bruscamente se adoptan como por intuición o capricho de alguien. La responsabilidad de tales precipitaciones y volteretas ¿es compartida o puede personalizarse? Riccardo Gualino nos da las claves; pero es mejor que el lector de esta reseña repase atentamente las páginas de su libro para sacar sus propias conclusiones al respecto.

Habría que agregar a esa serie de zigzags los que se refieren a Albania, China y el pensamiento de Mao Tse-tung. En este apartado echo en falta en el texto de Riccardo Gualino una mención del viraje del PCEml en el III pleno ampliado del comité central en el otoño de 1978 (ya en vísperas del plebiscito constitucional en España). Hasta ese momento el pensamiento de Mao era doctrina oficial del PCEml; de repente dejó de serlo.

§7. Conclusión

Las señaladas insuficiencias no le quitan en absoluto interés al apasionante libro de Riccardo Gualino, que —lleno de información que nadie más ha ofrecido al público— debería ser leído con afán, de cabo a rabo, por cualquiera que no prefiera mantenerse en la ignorancia con relación al subsuelo político español del largo período de su militancia en el marxismo-leninismo hispano (1963-82).

Concluiré, sin embargo, mi reseña con cuatro apuntes críticos. El primero es la escasez de información ideológica. Se nos cuenta, por ejemplo, la celebración del I congreso (que tiene lugar en Varese en abril de 1973 y que es organizado por el propio Gualino) sin decir cuáles fueron las ponencias presentadas, cuáles los informes, cuáles los contenidos adoptados, cuáles los debates, si es que los hubo.

³. Al argumento que aduce el ritmo de los acontecimientos hay que objetarle que esos acontecimientos eran perfectamente previsibles y hubieran debido preverse. La imprevisión rimaba con la improvisación, desembocando en esas piruetas. La tardía rectificación de 1976-77 ya no pudo reparar el daño de los errores de 1973-76.

Cuando Gualino menciona las disensiones y disidencias de Alejandro Diz (Felipe) y muchísimos otros en 1976, de Venancio y sus amigos en 1981, de Julio Moreda (Jorge García Palacios) —al parecer ya en 1982—, sólo caracteriza someramente tales posicionamientos como de derecha, pero sin exponer sus propuestas alternativas, sus argumentos, ni las objeciones que se les pudieran formular ni los debates teórico-políticos.

Es más, Gualino será ascendido al secretariado del comité central en el verano de 1978, permaneciendo en ese puesto cerca de tres años; a la vez fue uno de los redactores de *Vanguardia Obrera*, especializándose en temas internacionales. Nada nos dice de los debates políticos en ese período en que estuvo en el máximo escalón (aunque ya ser miembro del ejecutivo, como lo era desde 1973, implicaba una posición directiva muy potente). Tampoco nos dice nada de sus propios artículos, de qué temas trató, de qué tesis sostuvo.

Mi segundo apunte crítico es que el imperialismo yanqui se desvanece. A duras penas se enterará el lector por este libro de que fue una seña de identidad del PCEml la lucha, no sólo por derribar el poder de la oligarquía financiera y terrateniente, sino también por echar de España al imperialismo yanqui (combatiendo su supremacía política, militar y económica). Sólo he hallado una mención: al exponerse los seis puntos programáticos del comité coordinador pro-FRAP, de enero de 1971, se cita el primero, que era derribar a la dictadura fascista y arrojar al imperialismo estadounidense mediante la lucha revolucionaria.

Ahora bien, ese contenido ideológico-político era absolutamente central, pues venía unido a la discrepancia entre el PCEml y las organizaciones de signo más o menos trosquistizante, a la caracterización de la sociedad española, a la visión de las etapas de la revolución y a la mirada sobre la realidad internacional.

Mi tercer apunte es que el título de la obra es engañoso. Al parecer, fue el publicador el que se empeñó en colocar como título la sigla «FRAP»; el manuscrito de Gualino se titulaba «Una temporada en España». Siendo el libro una autobiografía política, que se extiende por el arco temporal de 1962 a 1982, y relatándose en él la actividad militante y directiva de su autor en el PCEml —de 1964 a 1982 (con un intervalo de tres años, 1968-71)—, resulta inadecuado ponerle como denominación la de una organización derivada y circunstancial, que duró menos de tres años y que nunca vino concebida más que como un instrumento multiplicador del propio PCEml.

Mi cuarto y último apunte consiste en mi desacuerdo con la tesis de Gualino de que fuimos derrotados. Según él lo fue el PCEml y lo fue el movimiento comunista internacional en general.

No comparto esa opinión. Para afirmar que el comunismo fue derrotado hay que ver qué se proponía y en qué medida eso que se proponía se ha conseguido o no. Proponíase, desde mucho antes del nacimiento de Carlos Marx (digamos que desde la conjuración de los iguales de Graco Babeuf de 1796), una sociedad donde —en palabras de Marx— rigiera el **principio de igualdad**: «de cada quien según su capacidad, a cada

quien según su necesidad». Para eso consideraba medios necesarios acabar con la propiedad privada y la economía de mercado.⁴

¿Cuánto se practicaba en 1796 el principio de igualdad en el planeta Tierra? ¿Cuánto se practica hoy? ¿Estamos más lejos o más cerca? ¿No hay hoy más pensiones (asistenciales o contributivas), asistencia sanitaria, instalaciones recreativas y educativas —las unas gratis y las otras con precios asequibles y subvencionados? ¿No existen, en muchos países, peculios de inserción y de desempleo, prestaciones familiares, transporte público, becas, socorros, subsidios, ayudas? ¿No se ha avanzado (con relación a 1796, o si se quiere a 1896) en legislación laboral y medio-ambiental, derechos del consumidor, saneamiento, abastecimiento, bienes públicos, asistencia a discapacitados? Y ¿no redundan todo eso en que se aplique un poquito más que antes el principio de igualdad?

¿Con qué se sufragaban esas prestaciones? Podemos comparar el sistema tributario de hoy con el de hace cinco, seis o siete generaciones. Siendo injusto el que tenemos (y padeciéndose presiones y tendencias involutivas), es más justo que el de 23 ó 43 lustros atrás; se han dado pasos adelante en el sentido de que se exija de cada cual según su capacidad.

Si de lo anterior se sigue que hoy estamos más cerca (o menos lejos) de que se aplique un principio redistributivo según las necesidades y de exigencia según las capacidades, también se ha avanzado en el medio ideado por el comunismo: la propiedad común (opción que fundamenta precisamente su denominación). ¿Cuánta propiedad pública había en 1796? ¿Cuánta en 1896? Y ¿cuánta hoy? ¿No es verdad que actualmente es más amplia, pues abarca a menudo instalaciones de salvamento, dispensarios, refugios, casas de acogida, parques, zonas de esparcimiento, obras públicas, alcantarillas, conducciones, museos, bibliotecas, archivos, palacios de congresos, casas de la cultura —todo lo cual es accesible al público en condiciones que no son las del mercado (no son aplicaciones del principio «a cada quien según su dinero»)?

Asimismo —a pesar de la involución que se inicia en 1975— existe o persiste un sector público de la economía, gracias a cuyo florecimiento fue posible la gran expansión presuntamente capitalista de los años 1945-75. Ahora (tras la demolición del sistema soviético en Rusia) se ha vuelto atrás, pero afortunadamente no del todo. Un estudio pormenorizado probaría que, si algo resiste a la actual crisis de superproducción, es gracias a ese sector público, aunque la oligarquía financiera se empeña en destruirlo.

Si de esos medios principales pasamos a los medios derivados, el movimiento comunista emprendió la lucha contra la guerra, el fascismo, el racismo, el colonialismo, el imperialismo y la supremacía masculina. ¿No ha habido logros en esos frentes? ¿Estamos peor que en 1896, peor que en 1796?

⁴ Se me objetará que estoy hablando del comunismo en un sentido abstracto, el de un ideal comunista como un *desideratum* de propiedad común que viene de Tomás Moro y Campanella, pasando por Mably y Babeuf para desembocar en Marx. Sin embargo pienso que con Babeuf tenemos una demarcación: los anteriores abogaban por el comunismo sin promover ningún movimiento político de masas para establecerlo. Fue Babeuf el primero que lo hizo. En pos de él vendrán muchos. El auge de la teoría marxista a fines del siglo XIX eclipsó a los demás (algunos de los cuales no adoptaron el calificativo «comunismo» sino el de «socialismo» que ya entonces sonaba menos radical). En la Comuna parisina de 1871 todavía el marxismo era una tendencia entre otras muchas.

El comunismo no ha sido derrotado. Ha triunfado. Ha triunfado parcialmente. Se ha realizado en un tanto por ciento. Quizá sólo en un 25%, faltando aún por realizar un 75%, que queda como tarea para las generaciones venideras. Igual que tampoco fue derrotada la revolución francesa, que acabó triunfando, pues a la postre sus ideales de igualdad, libertad y fraternidad republicanas fueron, parcialmente (a regañadientes y con retraso), asumidos por muchos contrarrevolucionarios.

Ni la revolución republicana francesa ni el movimiento comunista han triunfado del modo esperado, por las vías que imaginaban sus adalides. La historia ha realizado en parte sus valores pero por otros caminos que los revolucionarios no habían previsto o no consideraban posibles.

Una probable objeción a mi planteamiento es que el comunismo en su acepción de movimiento histórico-político contemporáneo no ha venido caracterizado meramente por esos fines de la propiedad común y del principio de igualdad, sino también por aquellos medios que Carlos Marx consideró necesarios para alcanzar tales fines: la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado triunfante en esa lucha —para que, a partir de ahí, el poder estatal empezara a extinguirse.

Respondo que tales consideraciones pertenecen sólo a una doctrina comunista particular, la de Marx, que no fue la primera ni la única en el movimiento histórico-político del comunismo que arranca de Babeuf.

Por otro lado, me pregunto cuántas de las reformas sociales que nos han acercado un poquito al comunismo se habrían realizado sin la doble presión de la experiencia soviética en Rusia (más la de las otras revoluciones que no se habrían llevado a cabo sin la existencia de la Rusia socialista) y de los partidos que, por doquier, adoptaron una u otra variante de ese modelo. Seguramente no aspiraban a las reformas sociales, pero las consiguieron (como Colón logró descubrir un nuevo continente sin habérselo propuesto).